

**WILLIAM KOTZWINKLE**  
**EL NADADOR**  
**EN EL MAR SECRETO**



Tras diez años de matrimonio, Laski y Diane están a punto de tener un hijo. La noche en que ella rompe aguas marca el inicio de un período de extrañeza, donde acciones tan comunes como calentar el motor de la camioneta o recorrer la carretera entre su cabaña y la ciudad, cobran una resonancia especial, fruto de la urgencia pero también por integrarse en una experiencia que cambiará sus vidas. Ya en el hospital, descubren que el bebé llega de nalgas...

Un pequeño libro con el mas grande de los temas: el nacimiento y la muerte. Decir exactamente lo que pasa seria como parafrasear un poema.



William Kotzwinkle

# El nadador en el mar secreto

ePub r1.3  
Ronin 10.03.2018

Título original: *The swimmer in the secret sea*

William Kotzwinkle, 1975

Traducción: Enrique de Hériz

Editor digital: Ronin

Corrección de erratas: Wake y magal

ePub base r1.2



—¡Johnny! ¡Acabo de romper aguas!

Laski ascendió por el mar del sueño, esforzándose para alcanzar la superficie. El mar era oscuro y se le estaban acercando unas criaturas iridiscentes, una de las cuales emitió de pronto un estallido de luminosidad. Laski se despertó y se incorporó en la cama. Diane tenía una mano apoyada en la lámpara de la mesita de noche y miraba fijamente una mancha de agua que se extendía por las sábanas.

—Ya está —dijo él—. Prepárate.

Sentía ya una primera oleada de impresión que le aceleraba el pulso, le enfriaba la piel y lo estremecía.

—Será mejor que ponga una compresa —dijo ella—. Lo voy a dejar todo empapado.

Laski la tomó de un brazo y la acompañó hasta la escalera. También ella se estremecía, de modo que cuando pasaron ante la ventana y vieron el bosque cubierto de nieve, iban temblando los dos. Calmado por la quietud del bosque, se detuvo junto a ella en el descansillo para absorber el néctar blanco de la luna. Remitieron en parte sus temblores, pero no los de ella mientras la acompañaba hacia el cuarto de baño. Diane iba doblada, con los brazos cruzados encima del vientre montañoso, origen de aquel terremoto. La ayudó a sentarse en la taza, fue al armario y regresó con una manta. Envolvió a la mujer con ella y luego le frotó los brazos de arriba abajo con la intención de generar algo de calor.

Ella lo miró con un castañeteo de dientes. No era lo que él había esperado; estaban los dos conmovidos y agitados como muñecos de trapo. Habían estudiado con atención los manuales de parto, habían practicado los ejercicios con regularidad y él había creído que el momento de la verdad sería una mera extensión de aquello, pero todo se había presentado sin transición. De pronto, se sentían como arrastrados sobre un lecho rocoso. Ella tenía los ojos como una cría, llenos de asombro y terror, aunque conservaba la voz en calma y Laski se dio cuenta de que, pese al miedo y el castañeteo, estaba lista.

—Ahora puedo controlar las aguas —dijo ella—. Puedo evitar que se derramen.

—Voy a calentar la camioneta.

Laski salió a la nieve. Más allá de las copas ensombrecidas de los pinos refulgía el vasto cuenco del cielo y, plantada a la luz de la luna, se veía la camioneta de media tonelada, recubierta por una capa de hielo que centelleaba. Abrió la puerta y se instaló en el asiento, al tiempo que tiraba del pulsador del estárter y accionaba la llave. El motor de arranque gimió, ahogado por la mano helada del norte.

—Vamos —dijo Laski en voz baja, apelando a lo mejor de la naturaleza de aquella camioneta, el trasto fiable de media tonelada que nunca lo había dejado tirado. Prestó atención a la tosecilla que anunciaba una presencia de vida entre los gemidos y al oírla dio un pisotón al acelerador, provocando que la camioneta se llenara de vida—. Eres un buen cacharro, viejo.

Vivían tan al norte que podía congelarse fácilmente cualquier motor, o agotarse la

batería, y para llegar al vehículo más cercano tenían que cruzar veinticinco kilómetros de bosque denso. Había visto a gente que llegaba a encender un fuego debajo del motor y había oído las blasfemias más increíbles flotando en las noches norteñas, cuando pasaban las horas y ninguna idea funcionaba y nadie podía ir a ningún sitio. Dejó el estárter accionado para que el motor tuviera un punto de aceleración, encendió la calefacción y volvió a salir a la nieve. Del tubo de escape de la camioneta brotaba la única nube iluminada por el brillo de la luna y Laski atravesó aquel vapor serpenteante para andar de vuelta hacia la cabaña, plantada como una linterna diminuta en medio de aquella gran maraña asilvestrada.

Diane seguía temblando en el baño, con el vientre prominente cubierto por la bata. La ayudó a caminar hacia la escalera de nuevo y subir al dormitorio, donde empezó a vestirse con todos los gestos propios de la rutina, pero sin dejar de temblar. A Laski le parecía como si hubiera dos Dianas distintas: una temblaba como una hoja, la otra estaba tranquila y tomaba decisiones como si fuera una vieja comadrona. También en su interior sentía esa misma división mientras cogía la maleta de su mujer y la llevaba hasta la escalera. Le temblaba la mano, el corazón le estallaba, pero había otra parte de él que conservaba la calma, firme como un árbol viejo. Aquel socio tranquilo y silencioso parecía habitar en alguna parte del cuerpo que Laski no podía identificar. Se le revolvían las tripas, se le aceleraba el corazón, le temblaban las piernas, pero en algún lugar de su interior reinaba la paz.

Pisó la nieve. Como el sonido de la camioneta ya le parecía estable, fue soltando el estárter hasta dejar el motor a fuego lento. Al volverse vio a Diane al otro lado de la ventana del piso superior de la cabaña, con la inmensa barriga por delante. Sus movimientos eran lentos y cuidadosos y Laski sabía que iba a coger exactamente la ropa que había planeado y que encontraría cada prenda en el lugar que correspondía. Su vida, en cambio, era una sucesión de prendas lanzadas en cualquier dirección, zapatos que bailoteaban en los lugares más insospechables, nada nunca en un lugar previsible.

Volvió a entrar y se reunió con ella en el cuarto de baño.

—¿Cómo te encuentras?

—Han empezado las contracciones.

—¿Cómo son?

—No puedo describirlo.

La ayudó a bajar la escalera y llegar hasta la puerta, donde se detuvo a mirar la cocina. Todo estaba en su sitio, allí no quedaba nada por hacer.

Laski cerró la puerta y la acompañó hacia la camioneta. Cuando Diane estuvo sentada, la abrigó con una manta.

El motor estaba ya caliente y la camioneta avanzó con facilidad por la pista cubierta de nieve, entre los altos pinos. Al terminar la pista, torció hacia la carretera estrecha. Habían pasado el invierno entero paseando por ella, jugando a hacer ver que el bebé había nacido ya y se columpiaba entre ellos dos, como un pequeño trapealista

agarrado a sus manos para avanzar así de un lado a otro por la carretera, columpiándose en el aire.

La carretera discurría junto a vastos campos nevados, en los que se veía una vieja furgoneta empeñada en un viaje propio a ninguna parte, pudriéndose en el tiempo, las ruedas radiales medio enterradas en la nieve.

—Me encontraré mejor si no corres tanto.

Redujo la velocidad. Ahorrar un minuto, diez minutos, qué más daba. Ya se sabe que las primeras fases del parto duran mucho. Había hielo por debajo de la nieve y la tracción no era perfecta por falta de agarre, pero él sabía conducir por esa carretera, aflojar entre una curva y la siguiente sin pisar demasiado el freno. En las dos cunetas había zanjas profundas para que discurriera el agua del deshielo, pero ahora estaban ambas cargadas de nieve y costaba bien poco derrapar hacia allí y pasar en ellas la noche entera. Él mismo cada invierno ayudaba a alguien a salir de una zanja, entre tacos, resbalones, jadeos y tirones. Era muy divertido; pero esa noche, no.

En un recodo de la carretera se alzaba la escuela, con su única aula, olvidada bajo la luz de la luna. Redujo para tomar la curva en segunda, pensando en los chiquillos con sus gorras, sus pantalones cortos, las niñas con sus vestidos de cuadros, años atrás, cuando subían por la colina hacia la escuela. Luego, al salir de la curva, dejó atrás los viejos fantasmas en su marcha interminable para cruzar un siglo enterrado.

La carretera emprendía una recta entre pinos que formaban un alto muro a ambos lados.

—El viejo Ben está despierto —dijo Laski, señalando con una inclinación de cabeza una granja destartalada que se alzaba entre los árboles.

Tenía casi todas las ventanas rotas y se parecía a todas las granjas abandonadas de aquel asentamiento, sólo que en su interior temblaba una luz en la única habitación que el viejo leñador había sellado contra los elementos. Diane miró hacia la luz. Como ella también era ermitaña, el viejo Ben le caía bien. Tenía mala reputación en el pueblo por su manera de vivir, tan opuesta a los modos del mundo. Pero era capaz de hacer cualquier cosa de madera —violines, barcos, raquetas para caminar por la nieve— y se había pasado la vida entera en el bosque. Laski vio moverse una sombra en la oscuridad: el viejo perro de Ben, olisqueando la nieve. La camioneta llegó a la curva siguiente, junto al río, que emergía de la oscuridad con el brillo de la luz de la luna en su piel helada. Laski circuló en paralelo al río hasta que éste volvió a perderse entre los árboles, donde dejaba trenzado un hilván de plata entre las ramas oscuras.

Llegó de nuevo un claro, con una casucha pequeña de tablas de madera. Era un refugio para «aventureros», como llamaban los canadienses de los bosques remotos a los estadounidenses que se acercaban a pescar y cazar y vivir en plena naturaleza durante una semana. Laski recordó una vez, mucho tiempo atrás: estaban pescando en Canadá él y su padre, navegando con un bote motorizado por un río amplio y serpenteante a lo largo de una mañana soleada. De pronto, a Laski le había dado la sensación de ser el río y los árboles y el sol y el viento.

Tocó a Diane con suavidad en un hombro. Seguía temblando bajo el grueso abrigo; sabía bien que no debía preguntarle cómo estaba.

El refugio para aventureros estadounidenses se desvaneció en la oscuridad. La gente del pueblo había creído al principio que Laski y su esposa eran aventureros, sin medios de vida aparentes, hasta que se supo que eran artistas. Como nunca habían visto esa clase de criaturas extrañas por ahí —salvo por el viejo Coleman Johns, el inventor loco que se había construido una máquina automática para ordeñar y había prometido que llegaría a la luna con un imán en los pantalones—, los del pueblo dejaron a los Laski en paz. Hubo quien dijo que Laski, con su barba densa y sus gafas metálicas, se parecía tanto al viejo Coleman que podía haber sido su hermano gemelo. Siempre que Laski pasaba por delante de los fundamentos en ruinas de lo que antaño fuera la casa de Coleman, le entraba una extraña nostalgia, como si hubiera compartido con el inventor loco un modo de ver aquellas vastas tierras que impulsaban a los hombres a construir objetos extraños bajo la luna.

La escultura de Laski era ciertamente rara. Había figuras de Diane por todo el bosque, la extraña belleza de su rostro iba apareciendo de manera gradual en los tocones de los árboles, en las rocas. Los viejos árboles muertos, con sus grises ramas peladas, se habían convertido en representaciones danzantes de Diane, como si fuera una sacerdotisa del bosque. Con el tiempo, el tejido incesante de la hierba había creado vestidos verdes para aquellas estatuas, las bayas brillantes eran cuentas y botones que se enredaban en brazos y piernas para señalarlos como parte del sueño infinito del denso pinar.

—Una contracción cada diez minutos.

Laski pisó con más firmeza el acelerador. El bebé tenía prisa.

Una luz fantasmal brilló más adelante, como si abandonara de un salto el cementerio rural donde estaba enterrado Coleman Johns, cuando los faros de la camioneta rebotaron en la parte superior de una lápida. Las ruedas resbalaron en la curva y la parte trasera dio algo parecido a un latigazo antes de recuperar la dirección. Luego la oscuridad devoró el cementerio una vez más y el bosque denso flanqueó de nuevo la carretera.

—¿La Maternidad? —sonrió la recepcionista—. ¿Trae los papeles?

Diane los sacó del bolso. Un camillero cruzó la sala de espera con una silla de ruedas en la que se sentó Diane, abrigada todavía con el peludo abrigo de andar por el bosque. Laski miró a la recepcionista.

—El camillero se la lleva arriba y usted podrá subir dentro de unos minutos. Me tiene que rellenar unos papeles.

Laski tocó la mano de Diane y ella lo miró, sonriente pero distante, mientras el camillero maniobraba para girar la silla y llevársela de allí.

La recepcionista metió un formulario en el rodillo de la máquina de escribir y formuló a Laski algunas preguntas sobre su edad, dirección, número de seguridad social... Asuntos sin vida que lo mantenían retenido en la silla.

Un joven borracho, con la cara inflamada y llena de cortes, entró tambaleándose en la sala de espera. Se acercó al mostrador con su mirada de cristal. La recepcionista alzó la cabeza.

—Si quiere sentarse, por favor... —dijo con frialdad.

El joven se apoyó en el mostrador, pero la recepcionista no le hizo ningún caso, pese a que sangraba por una herida que tenía encima del ojo.

Laski miró al joven a los ojos, convencido de que reaccionaría con agresividad. Lo que encontró fue un crío asustado que se hacía el valiente. Pensó que las enfermeras se lo harían pasar mal. Luego el médico le daría unos puntos y lo soltarían de vuelta a la noche. Pero en una ocasión había sido un hijo a punto de nacer y todo el mundo había estado pendiente de él. En una ocasión, el gran momento le había pertenecido.

Un hombre mayor entró en la sala de espera y se quedó mirando un instante, hasta que captó la figura del joven. Se acercó lentamente, con un andar y un estilo parecidos a los del muchacho.

—¿Qué ha pasado?

—Poca cosa —dijo el joven, al tiempo que ensayaba una pose de seguridad en sí mismo.

—Llevaba tiempo sin verte.

—He estado por ahí.

—¿Te interesa trabajar?

—Sí, claro.

—Puedes venir a trabajar mañana.

—Ah, no —dijo el joven, al tiempo que negaba con la cabeza y se tocaba las heridas—. Mañana no puedo hacer nada.

Se había terminado el papeleo. Volvió el camillero y Laski lo siguió por el pasillo hasta un ascensor. Subieron juntos, en silencio, hasta el piso señalado con la leyenda MATERNIDAD. En el pasillo había un sofá y dos sillones de piel. Más allá, una puerta con un rótulo: SALA DE PARTOS - PROHIBIDO ENTRAR.

El camillero se alejó. Laski se sentó. Aquí es donde esperan todos los padres. Se levantó y echó a andar lentamente arriba y abajo. Y ahora estoy caminando de un lado a otro como corresponde a todo padre mientras espera el nacimiento.

Por el pasillo le llegó el sonido de una enceradora de suelos que no llegaba a ver, un zumbido, el crujido de las ruedas al acercarse. Laski prestó oídos a su acercamiento hasta que la vio aparecer, impulsada por un encargado de mantenimiento vestido de uniforme.

—Es su gran noche, ¿eh?

—Sí.

El encerador asintió y siguió con su trabajo. Ya lo ha visto todo, pensó Laski, los ha visto llegar y pasar, los ve cada noche caminando arriba y abajo por el mismo suelo que él encera.

Una enfermera mayor salió de la sala de partos. Laski la miró, pero ella le devolvió una mirada tan fría e inexpresiva que se le disolvieron todas las preguntas en la garganta. Oyó cómo se alejaban sus pies por el pasillo y luego se acercó a echar un vistazo por el ojo de buey de la puerta que daba a la sala de partos. La parte del pasillo que quedaba al otro lado estaba vacía y poco iluminada. Echó a andar de nuevo, más allá de los sillones de piel. El olor a alcohol y medicamentos del hospital dominaba el aire. El suelo era de baldosas cuadradas; Laski procuraba colocar los pies sin pisar las juntas. Aún tenía las botas mojadas de la nieve. Las punteras oscuras le devolvían la mirada, gastadas y llenas de rasguños de tanto caminar por el bosque.

Se animó a seguir andando y dio la vuelta completa a la planta para regresar al mismo punto. Se abrió de nuevo la puerta. Apareció una enfermera joven y sonriente.

—Estamos preparando a su mujer —dijo—. Enseguida podrá reunirse con ella.

Diane estaba sentada en la cama. Se acercó deprisa a su lado y buscó su mirada, en la que encontró la misma mezcla de miedo y tranquilidad que había visto ya toda la noche.

—El bebé viene de nalgas —dijo ella.

El ambiente parecía propio de un sueño, un sueño en el que él pudiera dar a las cosas la forma que quisiera. Pero estaba en una habitación de hospital y su hijo venía de nalgas.

—Todo irá bien —dijo, al tiempo que tocaba las manos entrelazadas de la mujer.

—El doctor Barker dice que si el parto es de nalgas prefiere que tú no estés. Le he dicho que lo entiendo, pero espero que cambie de idea.

Al llegar una contracción, cambió de cara repentinamente y empezó a respirar tal como habían practicado, con inhalaciones rápidas y regulares. Cerró los ojos y la frente se le llenó de arrugas en una mueca de dolor. Él permaneció impotente mientras veía cómo aquella mano se cerraba hacia dentro con tanta fuerza hasta que el rostro adoptó una expresión que nunca le había visto, una máscara reconcentrada de desesperación que luego se relajó de manera lenta y repentina mientras se desdibujaban las arrugas, se abrían los ojos y la contracción iba remitiendo.

Ella alzó la mirada y le sonrió.

—Debió de darse la vuelta la semana pasada. ¿Recuerdas ese bulto que palpábamos arriba, en la zona del estómago? Era la cabeza.

—Pronto lo empujaremos camino abajo —dijo Laski. La sonrisa desapareció de súbito, ante la llegada de la siguiente contracción. Ella se puso a respirar deprisa y él se esforzó por transmitirle sus fuerzas, como si pudiera desprenderlas de su propio cuerpo para contagiárselas. Llegó la enfermera cuando ya remitía la contracción.

—¿Qué tal vamos?

—Bien.

—Déjame ver. —La enfermera alzó un momento la bata de Diane y la volvió a bajar—. Estás dilatando muy bien.

El regreso de la contracción estropeó una vez más la sonrisa de Diane.

Llegó un joven interno y se plantó al pie de la cama, esperando mientras la contracción avanzaba hasta su punto culminante. Miró a Laski y le preguntó en tono educado:

—¿Le importaría salir un momento, mientras la examinamos?

Laski salió al pasillo. ¿Qué será lo que le hacen para que yo no pueda estar presente? A lo mejor se cree que nunca he visto el cuerpo de mi esposa. No mandes malas vibraciones. Aquí dirigen ellos. Echó a andar por el pasillo, como pez fuera del agua.

Se abrió la puerta; el interno salió al pasillo, saludó con una inclinación de cabeza a Laski y éste volvió a entrar y se quedó junto a la enfermera, al pie de la cama.

—Estás dilatada del todo —dijo la enfermera a Diane—. Puedes empezar a empujar cuando quieras.

Diane movió la cabeza para asentir cuando llegó el ataque de la siguiente contracción. Laski se colocó detrás de ella y la incorporó por la espalda, tal como habían practicado. Él la levantaba y ella apretaba hacia atrás con las manos apoyadas en las rodillas, las piernas dobladas y bien abiertas, al tiempo que empujaba por dentro. Él la sostuvo durante toda la contracción y luego la recostó lentamente.

—Muy bien —dijo la enfermera—. Seguid trabajando así de bien.

Sonrió y salió de la habitación.

—¿Puedes empapar un paño y ponérmelo en la frente?

Laski sacó un paño del bolso y lo empapó en el lavabo. Ella se frotó con él la frente, las mejillas, el cuello.

—¿Dónde está el doctor?

—Durmiendo en una habitación, al fondo del pasillo. Lo despertarán cuando llegue el momento.

—¿Qué tal estás tú?

—Contenta de empujar.

Llegó la contracción y él volvió a levantarla, con el rostro pegado al suyo. La frente arrugada y los ojos apretados conformaban un rostro con el que jamás había soñado. Perdida toda su belleza, la mujer parecía una criatura asexuada que luchaba con todas sus fuerzas, alumbrando con gran esfuerzo el principio del mundo. Sus risas, sus pequeñas alegrías, sus planes, todo lo que alguna vez habían conocido, parecía devorado por aquel esfuerzo, un trabajo que de pronto deseó no haber emprendido nunca, al verla tan reconcentrada, tan distinta de la mujer que él conocía. Tenía la cara roja, un latido en las sienes, y parecía un hombre de mediana edad empeñado en defecar con un dolor mortal. Esto es humanidad, pensó Laski, al tiempo que se replanteaba el sentido de una raza que busca perpetuarse por medio del dolor, pero la contracción llegó a su fin sin darle tiempo a encontrar una respuesta, y se ocupó de apoyar el cuerpo de su mujer de nuevo en la almohada.

Cogió el paño, volvió a empaparlo y le enjugó el rostro sudoroso.

—Ahora, relájate a fondo. Recupera la energía. Estira las piernas, relaja los

brazos.

Hablaba con suavidad y le iba acariciando las extremidades, que aún no habían dejado de temblar, hasta que ella quedó al fin quieta, con los ojos cerrados.

Regresó de nuevo la ola para llevárselos al mar del dolor, donde otra vez se preguntó por qué habría llegado la vida al mundo. El encanto de la noche en la carretera, donde le había parecido que todas las estrellas los miraban, estaba ahora ahogado en sudor. El rostro más hermoso que había visto en su vida le parecía ahora una masa bulbosa, roja y feúcha.

La corriente que los había llevado hasta las aguas turbulentas remitió de nuevo y perdió fuerza y les permitió regresar flotando lentamente para descansar en torno a un minuto antes de arrastrarlos de nuevo. Él la sostuvo mientras ella se contraía y empujaba por dentro en un esfuerzo de abrir los pétalos de su cuerpo floreciente. Él había creído que esa apertura tan milagrosa se iba a producir de un modo más espléndido. Pero ahí estaba ella, sudando como el caballo de un leñador después de acarrear troncos una mañana de verano.

La incorporó, como si pudiera liberarla de la carga que tantos esfuerzos le exigía, pero la mujer se estaba dando contra un muro, no avanzaba en ninguna dirección, tenía en los ojos la mirada de un caballo de tiro: perpleja, frustrada, esclavizada. Laski notaba la tensión que latía en sus sienes enrojecidas, igual que la había notado en los caballos de carga cuando le parecían a punto de morir de un infarto, avanzando de aquella manera por el bosque, arrastrando a su paso unos troncos gigantes que de pronto se atascaban en un tocón, con las riendas a punto de romperse de tan tirantes y su poderosa musculatura llena de nudos por el esfuerzo de superar el obstáculo. ¿Quién escogería eso?, pensó Laski. Ese trabajo, esa desgracia. La vida nos esclaviza, nos hace desear descendencia, nos genera mil ilusiones sobre el amor y lo que haga falta, con tal de lograr reproducirse.

Sintió la supremacía de la vida, supo que la fuerza de la vida era mayor que su propia voluntad. Yo sólo quería estar contigo, Diane, los dos viviendo juntos sin problemas, y aquí nos tienes, tú jugándote la vida.

Ella bajaba la escalera para salir de un edificio de ladrillo visto. Llevaba una capa larga, morada, con cuello vuelto. La capa flameó tras ella cuando salió a la acera y él se quedó clavado y estúpido, incapaz de hablar. Ella debió de darse cuenta, porque se volvió para mirar en su dirección.

Volvió a contraer la cara, apretó con fuerza los párpados y curvó la boca en una máscara conformada por el dolor que de nuevo la invadía. Él la sostuvo, sintió la tensión de sus músculos y la fiebre de la piel. Los pequeños rizos de pelo en el cuello estaban empapados y brillaban. Una mancha húmeda se extendía por toda la espalda.

El interno y la enfermera regresaron cuando ellos estaban todavía sorteando las olas, luchando juntos, empujando juntos, sudando juntos para llevar aquello a su fin, y cuando terminó la contracción el interno no pidió a Laski que se fuera mientras él la examinaba.

—Ahora estás progresando.

—Puede ver al bebé —le ofreció la enfermera. Laski bajó la mirada y en la grieta rasurada y sudorosa vio algo rosado y extraño, un pequeño fragmento de carne que no alcanzó a asimilar. Él sólo reconocía las olas que volvían a llevárselos a un lugar en el que estaban solos en un amor y una tristeza que nadie más podía compartir, solos y cada uno aferrado al otro en aquella realidad para la que tanto se habían preparado y para la que ninguna preparación era suficiente.

—Yo te he visto alguna vez —le dijo, deteniéndola en Broadway.

—Ah, ¿sí? —dijo ella, con un levísimo toque de flirteo en la voz, apenas lo justo para que, despojado de su carácter profundamente tímido, siguiera acercándose a ella. Ya volvían flotando hacia la sala verde del hospital adormecido.

Apenas habían empezado a descansar cuando las olas volvieron a arrastrarlos como una pesadilla repetida una vez tras otra a lo largo de la noche, una y otra vez con el paso de los años. Iban y venían de un lado a otro y él llegó a temer que ella no tuviera fuerzas suficientes para resistirlo. Ya no confiaba; ni en sí mismo, ni en ella. Se sentía como un chiquillo desesperado y le parecía que Diane también lo estaba, que su larga lucha no los había llevado a ningún lado, que no hacía sino repetirse: contracción, alivio, contracción de nuevo. Pero la enfermera y el interno parecían despreocupados por completo, animosos y confiados. Y el doctor está al fondo del pasillo, durmiendo. No está preocupado. Si algo fuera mal, ya estaría aquí.

Ella se vistió junto a la ventana de la diminuta habitación de Laski, enfundándose lentamente los estrechos pantalones de punto y el suéter. El cabello corto no necesitaba peinados ni arreglos, aquella mujer era la más natural que había visto en su vida, no como sus amores previos, que siempre lo echaban de la habitación mientras se vestían, se acicalaban y se ponían rulos.

La bata estaba empapada, el cabello emplastado como si le hubiera caído el mar encima. Cerró los ojos y se formaron unas patas de gallo, unas arrugas que él nunca le había visto, las arrugas de la edad, y por eso supo que habían pasado auténticas eras.

—Otra vez —dijo ella.

La voz sonaba casi como un sollozo aunque no llegaba a serlo, estaba demasiado cansada para las lágrimas. Volvió a incorporarla al notar que la marea se los llevaba de nuevo hacia las aguas salvajes e inexploradas.

Mientras la sostenía, su amor se expandía a cada temblor del cuerpo de su mujer. Parecía que no la hubiera amado antes, que todo su pasado hubiera sido un mero ensayo para ese momento en que sentía resonar en su interior todos los días de la vida de ella, los días anteriores a cuando se conocieron, los días de cuando tuvo aquella cara de niña asustada que ahora veía ante sí, los días lejanos de la mujer madura que le llamaba ahora para que le diera una fuerza desconocida. Toda la frustración de los treinta años de Diane estaba presente, parecía que ella invocara ante el pozo del tiempo el deseo de que todo saliera bien, de que por fin algo hecho por ella saliera

como debía ser.

—No puedo tener hijos —le dijo— por la forma que tiene mi útero.

—Tonterías.

—Es un ginecólogo de Park Avenue.

Bueno, pensó Laski, nos ha costado diez años, pero al final lo hicimos. La recostó en la cama y le limpió la frente con el paño. Ella sonrió, pero era de nuevo una máscara, formada ahora por el alivio momentáneo de la angustia. No había ningún coqueteo, nada de paz, nada de cuanto solía ver él en sus sonrisas. Sin embargo, sabía que aquella sonrisa estaba hecha para él, para aliviarlo de su preocupación. Ella también ve dentro de mí; quizá vea la inquietud de mis días, como veo yo la suya. Sintió que estaban juntos, entonces, en un nivel nuevo, más viejo, más sabio, con el dolor como nexo de unión. Hemos recorrido más de cincuenta millas esta noche; hemos cruzado el océano.

La sonrisa se extendió de pronto hasta más allá de los límites que le correspondían para convertirse en una mueca de dolor, y Laski la incorporó. Aún no hemos cruzado el océano.

—¡Arre, Bob! El caballo grande tiraba, los cascos rasguñaban el suelo del bosque, salía disparado el musgo y algunas ramitas. El árbol crujió, se balanceó y terminó cayendo y Bob echó a correr con él, arrastrando las ramas y todo.

—Creo que ya podemos llamar al doctor Barker —dijo el interno.

La enfermera salió de la habitación. Laski secó la frente a Diane y el interno se quedó mirando desde el pie de la cama.

—Llevas casi tres horas empujando —dijo.

—Es demasiado, ¿no? —preguntó ella.

—Es porque el peso del bebé está arriba, en vez de abajo.

Y de pronto volvían a salir a la tempestad. Laski la incorporó, se derramó hacia ella desde las yemas de los dedos mientras Diane levantaba las rodillas y empujaba. Entró la enfermera con un joven alto de uniforme blanco. Se quedó al pie de la cama con el interno mientras Laski y Diane aguantaban en alta mar, marinos aventados por el amor hacia las profundidades insondables del tiempo y el destino, iniciando ya el lento regreso a una sala llena de extraños que también parecían eternos, como si participaran de una obra de teatro interminable.

—Si puede salir sólo un momento... —propuso el doctor Barker.

Laski salió al pasillo y se concentró en una sola oración sin palabras para ofrecérsela al océano.

Se abrió la puerta. Salió el joven doctor y le dijo:

—Esto está avanzando. La vamos a llevar a la sala de partos.

Laski regresó junto a Diane. Vio que estaba incorporada, pasando una contracción, y se acercó a ella.

—El bebé ya está de camino —dijo la enfermera, con una sonrisa alegre dedicada a Laski.

Él recordó de pronto la criatura, el nadador del mar secreto. Él también lucha, lucha por estar con nosotros, lucha igual que nosotros.

El corazón de Laski se convirtió en un océano de amor mientras lo invadían nueve meses de recuerdos y el bebé se volvió real de nuevo, tan real como la noche en que Laski había notado unos piececillos que daban patadas por dentro de Diane. Nuestro bebé, nuestro amiguito, está naciendo.

Y esta, pensó Laski, es la razón de nuestro esfuerzo, que pueda venir el amor al mundo.

Pasó la contracción y él y Diane se dejaron arrastrar de vuelta, lacios como las algas abandonadas en la orilla por las olas.

—Tiene buena pinta —dijo el interno.

Entró la enfermera con una camilla sobre ruedas.

—¿Lista?

—Sí —respondió Diane.

La pasaron de la cama a la camilla y salieron todos andando tras ella al pasillo, hacia la sala de partos. Al doctor Barker le estaban poniendo una bata blanca. Laski se agachó para besar a Diane.

—¿No vas a entrar? —preguntó ella, con la voz llena de anhelo.

La enfermera siguió empujando hacia la sala de partos y Laski se quedó fuera, en el pasillo. Había perdido la voluntad, la palabra, el coraje. Barker se le acercó.

—La enfermera le dará un gorro y una bata y así podrá mirar desde detrás de la mesa.

Las fuerzas de Laski regresaron como un torbellino y una gran sonrisa se asomó a su cara. ¡Iremos juntos hasta el final! Se quedó mirando cómo se lavaban las manos el doctor y el interno en una pila cercana, frotando una y otra vez con un lento ritual metódico. Se le acercó la enfermera con una bata. Metió los brazos en las mangas y ella se la ató a la espalda. Le dio un gorro blanco y él se lo puso, tapando las orejas. Luego entró con el interno en la sala de partos, donde Diane yacía en la mesa central, las piernas en los estribos, las muñecas sujetas con cintas.

—Puede sentarse aquí —le dijo la enfermera, al tiempo que colocaba un taburete detrás de la mesa.

Otra enfermera recolocó el espejo que quedaba encima de la mesa para que Laski pudiera ver la zona de parto.

—¿Lo ves claro?

—Perfecto.

Luego una de las enfermeras llevó una esponjita empapada en jabón quirúrgico y frotó con ella la zona vaginal de Diane.

—Ah, qué bien me sienta.

—¿Le han puesto algo de anestesia? —preguntó la otra enfermera.

—No.

—Bueno, vaya, y mírala qué bien está.

Entró el doctor Barker y se sentó en un taburete al otro lado de la mesa.

—Te voy a vaciar la vejiga.

Insertó un tubo por la uretra y un instante después toda la orina abandonó su cuerpo para caer en un cubo, a los pies del doctor Barker.

—Tengo una contracción —dijo Diane.

—Adelante, empuja.

Laski no alcanzaba a tocarla, así que se incorporó e hizo el trabajo sola. Cuando remitió la contracción, Barker dijo:

—Voy a practicar un pequeño corte. Primero te daré algo para que no lo sientas.

—Insertó una aguja en el borde de la vagina y le aplicó tres inyecciones. Luego pellizcó la piel con unas pinzas—. ¿Notas algo?

—No.

Practicó una incisión, un corte lateral hacia el muslo.

—Comprobad el pulso.

La enfermera apoyó el estetoscopio en el bajo vientre de Diane y escuchó mientras calculaba el ritmo de los latidos del bebé con su reloj.

—Normal.

—De acuerdo... Vuelve a empujar.

Barker insertó los dedos en la vagina de Diane, tanteando en busca del bebé. Cuando salió el dedo, Laski volvió a ver aquella piel rosa tan extraña y una sustancia oscura y densa.

—No se preocupe por eso —le dijo la enfermera—.

Al bebé se le han movido las tripas.

—Empuja —dijo Barker.

Diane empujó y Laski alcanzó a ver el trasero del bebé junto al umbral del mundo. De nalgas, pensó Laski, ¡pero ahí viene!

—De acuerdo, cariño, vuelve a empujar —instruyó Barker.

Ella empujó y él metió sus largos dedos en la vagina y los movió para extender los labios. De pronto apareció un pie, seguido de una larga pierna inmóvil. Barker bajó enseguida la otra pierna y Laski la miró asombrado, con sus minúsculas uñitas, aquellos pies perfectamente formados que se habían desarrollado dentro del cuerpo de Diane y con los que tanto había soñado, proyectando su visión de incontables maneras, y ahora aquellos piecitos se asomaban por primera vez a la vida ante sus ojos.

—¡Es un niño! —exclamó la enfermera.

La alegría invadió el corazón de Laski. Se quedó mirando la salida y vio el pene minúsculo, que al cabo de un segundo proyectó un chorro de orina.

—¡Noto que se está meando! —exclamó Diane, asombrada.

—Empuja —le dijo Barker—. Empuja con todas tus fuerzas.

Mientras ella empujaba, él guió el cuerpo minúsculo, todo menos la cabeza, que seguía dentro. Laski se quedó mirando fascinado aquella criatura colgante con su piel

gris y remojada... Su hijito, que por fin llegaba.

Barker insertó el fórceps.

—Otra vez.

Diane empujó y Laski se tensó al ver que Barker tiraba enérgicamente del fórceps para liberar la cabeza. Dios mío, pensó, con qué dureza los tratan. De pronto, la cabeza salió con un estallido y el bebé quedó liberado. Las manos de Barker se movieron con una agilidad y una elegancia increíbles para dar media vuelta al bebé en el aire y sostenerlo en lo alto como si fuera una rosa roja. Laski vio un rostro lleno de rabia y sin embargo triunfante, el dios del tiempo y de los hombres, cuyos ojos cerrados miraban directamente a Laski para decirle: «¡Mira, mira, esto!»

—¡Corta el cordón!

El interno cortó el cordón y Barker cargó con el bebé con la máxima delicadeza entre las manos para desplazarse a toda prisa hacia una mesa que había junto a la pared.

—El aspirador —dijo en tono brusco.

La enfermera le pasó un instrumento que parecía como una bocina de coche antiguo, con una perilla de goma encajada en un extremo. Lo aplicó en la cara del bebé y apretó.

El bebé estaba absolutamente quieto. Barker accionó la perilla y luego tocó la muñeca inmóvil, la levantó un instante y la dejó caer de nuevo. Una enfermera masajeaba los pies y la otra pasó a Barker un tubo fino que éste insertó en la boca del bebé. El doctor sopló y Laski vio cómo subía y bajaba el pecho a medida que el aliento del médico le circulaba por dentro.

Barker se detuvo un momento, se secó el sudor de la frente y volvió a soplar por el tubo. Laski siguió mirando, viendo cómo se expandían y encogían los pulmones. El resto del cuerpo seguía absolutamente quieto. Qué piernas tan largas, pensó, como las de su madre.

Barker retiró el tubo y aplicó su boca directamente a la del bebé para soplar con sus labios bien apretados contra la boquita minúscula.

La enfermera seguía masajeando los pies. Laski miró el reloj de la pared: cuatro treinta y cinco.

Barker dio un paso atrás, se secó de nuevo la frente y Laski se puso a recordar momentos de su propia vida en los que, al enfrentarse a cosas que le resultaban desconcertantes y rígidas, también se había frotado así la frente. Barker aplicó de nuevo el aspirador al cuerpecillo inmóvil y lo accionó, y la perilla de caucho emitió un leve suspiro.

—¿Es el bebé? —preguntó Diane.

Laski la miró y luego desvió la mirada para posarla de nuevo en su hijito, en aquel brazo minúsculo que se alzaba y volvía a caer, tan lacio, en la mano de Barker.

—¿Dónde está el bebé? —preguntó Diane.

—Está ahí, al fondo —dijo Laski en tono suave.

Barker retiró el aspirador y aplicó de nuevo su boca a la de la criatura, sopló y aspiró con suavidad, con un ritmo regular. Se apartó, se secó la frente, se volvió hacia Laski y meneó la cabeza de un lado a otro para decir que no.

Laski asintió.

Se había terminado.

Se dio media vuelta y se sentó en el pequeño taburete que seguía junto a la mesa de operaciones. El interno estaba cosiendo la vagina abierta de Diane.

—¿Duele?

—No —dijo ella con una risa nerviosa.

Laski miró su estómago liso. ¿Cómo puede ser que no se derrumbe con todo esto? ¿Cómo se lo vamos a decir?

Se volvió hacia la mesa de la pared. Habían metido al bebé en una urna de cristal y estaba de lado, con los ojos cerrados. Laski vio resignación en aquella carita, la expresión de quien da por terminado un trabajo, como el hombre que al terminar la jornada se tumba de lado para dormir.

—¿Está bien? —preguntó Barker.

—Sí —respondió Laski.

El médico se acercó a la mesa de partos y bajó la mirada hacia Diane.

Ella alzó sus ojos hacia él.

—Ya lo sé —le dijo.

—Lo siento.

—No es culpa suya —dijo ella, con un sollozo en la garganta.

—El bebé parece perfectamente normal —dijo Barker—. No hay ninguna razón por la que no puedas tener otro.

Laski lo escuchaba aturdido. Se ha creído que eso es lo que estaba en juego, nuestro deseo de tener un hijo, cualquier hijo, no este hijo en particular que hacíamos balancear entre nosotros dos por el camino. Es imposible que sepan lo especial que es. Ellos señalan hacia el futuro. Pero nosotros estamos aquí, para siempre, ahora.

La enfermera pasó a Diane a una camilla de ruedas.

—Te tengo que pinchar —dijo.

—No —contestó Diane —que seguía negándose a que la anestesiaran.

—Es para que se te seque la leche —dijo la enfermera, en tono amable.

—No hay habitaciones individuales —dijo la otra enfermera—. Te podemos poner en una doble.

—Puedo ir a una sala común —respondió Diane—. Sólo quería una individual para quedarme a solas con el bebé.

—Estarías mejor en una con dos camas. Llevarán a todos los demás bebés a la sala para que les den de mamar y te sentirás fatal.

—Los bebés no me importarían —dijo Diane, con un llanto suave—. Pero puede que las demás madres estuvieran incómodas.

Se la llevaron por el pasillo en penumbra y Laski caminó a su lado hasta llegar a

una habitación de dos camas, ambas vacías. La ayudaron a pasar a la cama y le echaron las sábanas por encima.

—¿Me puedo quedar? —preguntó Laski.

—Sí, claro —respondió la enfermera—. ¿Quiere dormir en la otra cama?

—No, no estoy cansado.

—Si quiere —insistió ella—, simplemente se acuesta. —La enfermera se inclinó hacia Diane—. Son cosas que pasan. Estoy segura de que la próxima vez tendrás más suerte.

Laski miró el bolsito que había junto a la cama, en el que Diane había preparado dos paños para el bebé: uno rosa y uno azul. Se dio cuenta de que había usado el azul para secarle la frente.

Ella lo miró en silencio y le acarició el cabello con una mano. Él reclinó la cabeza en la cama, a su lado, en el momento en que todo el peso de su debilidad se apoderaba de él. Volvió a entrar la enfermera y le dijo:

—¿Está seguro de que no quiere acostarse?

—De acuerdo —contestó él, y se acercó a la otra cama.

—Déjeme echarle esta sábana por encima. Soy perezosa. No quiero tener que hacerla luego otra vez.

Laski trepó sobre la sábana superior y se tumbó mirando al techo. Le pareció que tenía un bloque de cemento bajo la cabeza. Se adentró en un dormir caleidoscópico, tan plagado de imágenes que no era capaz de clasificarlas en ningún sueño reconocible, de manera que se le derramaron por encima como un caudal de agua.

Al despertarse vio que Diane estaba mirando el techo. Se levantó y volvió a sentarse a su lado. Estaba rompiendo el día. Por la ventana se veía la otra ala del hospital y más allá la calle, en la que ya nacía la luz gris. Se quedó mirando cómo llegaba el sol a la calle.

Empezaron a resonar los platos por el pasillo.

—Van a traer el desayuno —dijo ella.

Se acercó el carrito del desayuno y entró una mujer mayor con una bandeja. Sonrió a Laski.

—Bueno, qué día tan bonito, ¿no?

Diane se tomó los cereales y una tostada y la luz del sol encontró la habitación.

—Pronto querrán que me vaya —dijo Laski.

—Sí, las madres han de dar de mamar a sus bebés.

Vio romper en su rostro la pena por un instante, como rompen las olas en un risco, pero al retirarse la resaca el risco seguía ahí, el dolor no había podido hundirlo.

—Volveré esta tarde —le dijo—. La hora de visita es a las siete. ¿Quieres algo?

—No, sólo a ti.

Laski se agachó para darle un beso y notó en la mejilla el lento discurrir de las lágrimas de Diane.

Laski circuló por el puente y salió de la ciudad. Al cruzar las vías del tren que

atravesaban el barrio pobre en los límites de la ciudad, sus ojos repararon en una delicada capa de luz, como si un velo translúcido y reluciente cubriera la mañana, y supo que se trataba del espíritu de su hijo, que viajaba con él. Entonces se vio corriendo con su hijo por el campo, saltando viejas vallas rotas. Caminaban hasta el arroyo y se zambullían en él, luego se ponían a bailar, corrían hasta los árboles y trepaban para quedar por encima de la niebla.

Laski condujo de vuelta a casa con la cara empapada de lágrimas mientras su espíritu corría con su hijo una carrera por el tiempo para atravesar la mañana del mundo, de un lugar a otro, por ciudades, por el valle precioso. El momento del encuentro fue infinito: tomaron un barco, tomaron un tren, contemplaron las vistas y crecieron juntos. El viaje hasta el bosque pareció durar años y, mientras subía las colinas que llevaban al asentamiento abandonado, Laski sintió que el espíritu de su hijo se extendía en torno a él. Y al extenderse de aquel modo, integrado en todos los árboles, en cualquier nube, notó que iba perdiendo personalidad, sintió que se disolvía en algo remoto, expandido hasta más allá de su propia capacidad de perseguirlo. Ya se va, pensó Laski. Ha madurado y me abandona. Adiós, adiós, se despidió mirando hacia el hermoso cielo del este, donde el sol encandilaba los árboles.

El viento te hace libre. Los vientos y el sol te hacen grande.

Entonces se terminó y Laski volvió a estar solo, avanzando entre baches por la vieja carretera de curvas que cruzaba el bosque.

Al regresar al hospital por la tarde se perdió por los pasillos que partían del vestíbulo, pues ya nada le resultaba familiar. Se quedó mirando una escalera que no recordaba haber subido nunca. A su lado sonó con fuerza una voz:

—¿Adónde se dirige?

—Maternidad.

—Sígame —dijo un hombre de poderosa zancada, ataviado con suéter de esquiador y botas.

Caminaba como si avanzaran por una pista de montaña y Laski le siguió el ritmo.

—¿Qué ha sido? —preguntó el hombre, sin volver la mirada atrás, con los ojos fijos en la pista.

Laski titubeó mientras se alzaban en su mente los fragmentos de distintas explicaciones —el bebé murió, no hemos tenido nada—, pero luego sintió brotar de nuevo repentinamente el espíritu del hijo en su corazón y respondió:

—Niño.

—Felicidades —dijo el montañero.

Habían llegado a lo alto de la montañosa escalera, al vestíbulo cuyo rótulo anunciaba la MATERNIDAD.

—¿Y usted? —preguntó Laski.

—Niño —dijo el montañero.

Tenía la voz llena de viento y piedra y una alegría salvaje. Torció a la izquierda y

Laski siguió adelante, pasillo abajo hasta la habitación de Diane.

Estaba acostada con los ojos enrojecidos, el rostro pálido, dominada aún por las emociones de la noche. Laski se sentó junto a la cama y le tomó la mano.

—¿Ha venido el doctor a verte?

—Ha dicho que al examinar las secundinas descubrió que el cordón estaba conectado al borde de la placenta en vez de al centro. Era un punto débil y en el último momento se desgarró el cordón. El bebé se desangró.

Laski meneó lentamente la cabeza y miró hacia la ventana. Vio figuras que se movían a lo lejos, tras las ventanas de otras habitaciones iluminadas.

—Quiere hacer la autopsia —dijo Diane.

—¿De verdad es necesario?

—Depende de nosotros.

—¿Quieres darles permiso?

—Supongo que es lo que hacen siempre.

Más allá de las ventanas del hospital se veían las aceras, la calle nevada. En el vestíbulo de la maternidad, junto al mostrador de recepción, las enfermeras charlaban y reían juntas.

—Está en la morgue —dijo Diane.

Entró una enfermera con una sonrisa llena de ánimo.

—Ha llegado la hora de la lámpara de calor. —Luego se volvió hacia Laski—. ¿Nos disculpa un momento?

Laski salió al pasillo. Las puertas de las demás habitaciones estaban abiertas y pudo ver a las mujeres en sus camas, acompañadas por sus visitantes. Bajó la mirada al suelo y siguió el sonido de la enceradora, el ascensor, las voces de los visitantes, todo discurría como un flujo en el que él parecía flotar. El minuterero del reloj de pared que quedaba sobre su cabeza zumbaba al dar vueltas sin parar. Seguían las risas en el mostrador de las enfermeras y Laski se dio cuenta de que era Nochevieja. En una habitación de la calle 91 de Nueva York, en la oscuridad de una cama pequeña, mientras sonaban las alarmas y ululaban las sirenas, la abrazó. Apareció la enceradora, con el ronroneo de sus largos bigotes al dar vueltas y vueltas sobre las baldosas.

Se había desatado una tormenta de nieve sobre la ciudad. Era una noche fría y el cansancio se apoderaba de los pensamientos de Laski. A cuarenta kilómetros de distancia, en medio del bosque, lo esperaba la casa, vacía y helada. Podría buscar un hotel, calentito y bien iluminado: una habitación individual, una mesita con su lámpara, una cama. Podría dormir un poco y quedarme mañana en la ciudad hasta la hora de visitas.

El semáforo se puso verde entre el velo de la nieve y Laski avanzó por la avenida principal de la ciudad hacia la calle del hotel, donde aparcó la camioneta. La nieve caía ahora con más fuerza. Caminó hasta el hotel. No es el mejor, pero tampoco necesito más, sólo un lugar donde pasar la noche.

Le dolía todo el cuerpo y tenía los ojos cansados. Todas las tiendas de la calle estaban cerradas y mostraban sus mercancías bajo los tenues focos nocturnos mientras él caminaba a su lado con el agotamiento en las piernas. El hotel tenía una única puerta que daba a un vestíbulo pequeño y atiborrado. Entró y se quedó mirando al recepcionista nocturno. Éste, ocupado en la lectura del periódico, no alzó la vista. Había un televisor encendido y dos hombres sentados delante, sonriendo ante una imagen titilante que Laski no alcanzaba a ver, aunque sí percibía la soledad de aquellos hombres y el desespero con que se enfrentaban a ella, acurrucándose ante el televisor.

Como activado por un imán, volvió a salir a la calle por la misma puerta. Bajo la nieve, caminó hasta la camioneta, montó en ella y salió de la ciudad para tomar la carretera blanca que llevaba al bosque.

Entró en la cabaña con reticencia, como si fuera una cueva habitada por fantasmas. La cocina de carbón estaba casi apagada y tuvo que atizarla. Cuando comprobó que la superficie ya estaba caliente, colocó una sartén y se preparó la cena. Comía despacio, mirando por la ventana la nieve arremolinada. Al terminar de cenar lavó los platos sin prisas, trabajando despacio, concentrado, negando el espacio a los pensamientos macabros, a los fantasmas, a los miedos. No había más que agua caliente, el plato, sus manos, el estropajo enjabonado.

La escalera que llevaba al segundo piso le pareció oscura, de mal presagio, ¿qué habrá ahí arriba, entre la ropa del niño y la cuna? No hay nada, se dijo, y subió la escalera y se desnudó en el dormitorio pequeño. Dejó la luz encendida un rato y luego, resignado a aceptar la oscuridad y el sueño, la apagó.

Solo en la casa oscura en medio del bosque, con una tormenta desatada afuera y la sombra de la muerte dentro, se encogió bajo las mantas. Los espectros se alzaban ante sus ojos cerrados, extraños, amenazantes. Comprobó que su mente se prestaba al juego de los miedos antiguos y, tembloroso, se entregó al sueño, donde se vio fuera de la cabaña, caminando en un bosque onírico. Junto a un árbol vio una figura cubierta con capa y capucha. La figura se volvió hacia él y bajo la capucha vio un cráneo de piedra que le sonreía. La muerte le tendió un bastón y Laski lo tomó en la mano.

La luz del atardecer se colaba en la habitación del hospital cuando Laski volvió a sentarse junto a Diane. Ella parecía más fuerte y la tormenta había terminado.

—Hemos de enterrar al bebé —dijo la mujer—. En la morgue ya no lo quieren.

—Podríamos enterrarlo en el bosque.

—Eso le he dicho a la enfermera. Dice que no es nada habitual, pero que tal vez sea correcto. Tenía mucho papeleo. Necesitaremos un testigo.

—¿Y la autopsia? ¿El bebé no quedará...?

—Ha dicho que lo reconstruyen.

Entró el doctor Barker en la habitación. Lo miraron los dos en silencio. Se quedó plantado al pie de la cama, alto e incómodo.

—En la autopsia hemos comprobado que el bebé era absolutamente normal. No hay ninguna razón por la que esto deba repetirse.

—¿Cree que se puede ir a casa mañana?

—¿Qué tal sientes los puntos?

—Me queman un poco, nada más.

—Supongo que, si te vas a encontrar mejor en casa, te puedes ir. —Se dio media vuelta para salir, pero antes se encaró de nuevo a Diane—: Sé que es duro perder tu primer hijo cuando ya tienes treinta años.

La última luz del día se deslizaba por la fachada de ladrillo visto del hospital. Sentado junto a la ventana, Laski veía caer la noche. Entró Diane en la habitación, abrigada con un albornoz.

—Le he dicho a la enfermera que mañana por la tarde nos llevaremos al bebé.

—Esta noche le haré una cajita.

—¿Podrás cavar un hoyo en el suelo helado? Una enfermera asomó la cabeza por la puerta:

—Hay unas bebidas en el pasillo, si alguno de los dos tiene sed.

Laski salió y encontró una bandeja con zumos artificiales. Sirvió zumo de naranja en dos vasos y volvió a la habitación.

—Líquidos —dijo, mientras ofrecía a Diane la bebida naranja y espesa. Sonó el timbre que anunciaba el fin del horario de visitas.

—Mañana por la tarde llegaré a primera hora —dijo antes de darle un leve beso en los labios.

Luego se fue por el pasillo verde para salir a la calle, a la carretera, a casa.

El techo de acero de la cabaña brillaba a la luz de la luna mientras Laski aparcaba la camioneta en el camino de acceso. Abrió la puerta del cobertizo, donde tenía apilada la leña. ¿Cómo lo voy a hacer?, se preguntó mientras miraba la alta pila de tablones de pino y sus herramientas. Le sobrevino una sensación de terror ante la perspectiva de armar el ataúd; no tenía ningún deseo de hacerlo, ni de volver a construir objeto alguno nunca más.

Pasó un dedo por la superficie de los tablones, alisada a cepillo; conservaba aquella sensación pesada, como si estuviera dentro de una nube oscura, pero agarró un tablón y tiró de él para sacarlo del montón. Cargó con los caballetes hasta su estudio y los colocó bien separados. Cruzó encima de ellos el largo tablón de madera de pino. Luego llevó también su caja de herramientas y la dejó al lado. Tiró de la cinta métrica metálica para ir la sacando de la caja e imaginó cuál sería la talla del cuerpo del bebé.

Apoyó la escuadra en el punto escogido, trazó una línea recta y serró por ahí, pensando en los viejos tiempos, cuando se daba por hecho que los hombres armaban los ataúdes de sus seres queridos, y se dio cuenta de que estaba bien así, de que se trataba de un privilegio que ya pocos hombres conservaban. Marcó la línea siguiente con cuidado y serró una pieza igual para formar el fondo del ataúd.

Unió las dos piezas y luego cortó los laterales y los remates de la caja. El tiempo pasaba lento y pacífico. Se puso a trabajar, lijando los lados de las piezas de tal modo que quedaran bien juntas, para hacer una caja que debía quedar perfecta, aunque nadie la fuera a ver. Taladró los agujeros y los encastró antes de atornillar los laterales y los remates.

Acuclillado, con las rodillas llenas de serrín y el lápiz encajado detrás de la oreja, iba girando lentamente los tornillos para que mordieran la madera hasta el fondo. Lijó la parte superior de la caja, creando de nuevo una fina nube de polvo que se le metía por la nariz, con aquel olor memorable. Construí nuestra casa, con una habitación para él, y ahora le estoy haciendo su ataúd. En nada difiere el trabajo. Sólo hemos de seguir adelante, con los ojos abiertos, contemplando con atención lo que hacemos, sin pensar en nada ajeno a la tarea. Entonces, fluimos con la noche.

La cajita tomó forma y Laski se resistió a sentirse orgulloso, porque el orgullo era un pensamiento ajeno a la tarea. Lo hago en silencio, esto no es para nadie, ni siquiera para él, pues ya no está, queda mucho más allá de mi cajita. Pero ha dejado a su paso un fragmento suyo que requiere la existencia de una caja que he de acarrear por el bosque. Y la caja requiere una tapa y yo he de encontrar un par de bisagras.

Rebuscó en el cobertizo y encontró un par de bisagras viejas y oxidadas, pequeñas, chirriantes, pero en condiciones de uso. Tras marcar su perfil, cinceló la figura con un formón para que encajaran en la madera sin sobresalir. Probó la tapa y siguió instalando las bisagras hasta que estuvo seguro de que la caja se cerraba con firmeza. Abrió y cerró la tapa varias veces, disfrutando de la suavidad con que funcionaba, hasta que recordó para qué iba a servir y confirmó de nuevo que era mejor renunciar a cualquier pensamiento ajeno a la tarea.

Apartó los caballetes y sus herramientas y barrió el serrín. Luego se sentó en una silla y se meció en ella en silencio, adelante y atrás, sin dejar de mirar el ataúd. Una vaga insatisfacción se le removía por dentro y, lentamente, se volvía cada vez más clara e inquietante.

Si lo enterramos aquí, quedaremos atados a esta tierra para siempre. Puedo hacer que lo incineren en una funeraria y nos darán las cenizas en una urna metálica pequeña y si nos vamos de viaje nos la podremos llevar. Y el día que nos encontremos en medio del mar podemos tirar ahí las cenizas.

Es exactamente lo que deberíamos hacer. Lo llevaré mañana a la funeraria y lo podrán incinerar con su cajita. Una sensación de liberación se apoderó de Laski: liberación de la tierra, las casas y las tumbas. Con ese pensamiento en mente, subió a acostarse.

Al entrar en la habitación del hospital se encontró con un ambiente nuevo: la otra cama estaba ocupada. Mientras se acercaba a Diane vio con el rabllo del ojo a una joven tumbada en la cama que había usado él para dormir. A su lado había un joven y dos mujeres mayores. Cerraron la cortina que rodeaba su cama y Laski se sentó junto a Diane.

—Ha perdido a su bebé —susurró Diane.

Laski echó un vistazo hacia la cortina cerrada, tras la que se movían unas tenues sombras.

—Creo que deberíamos incinerar al bebé en la ciudad esta tarde.

—Pero... ¿por qué?

—Si lo enterramos allí, será otra atadura más, será el lugar donde está enterrado nuestro bebé.

A ella se le llenaban de nuevo los ojos de lágrimas.

—Si te parece que es lo mejor...

—No sé qué es lo mejor —dijo él—. Quizá nada sea mejor. Pero ha sido una sensación muy fuerte y estoy intentando fluir con ella.

—¿Qué vas a hacer?

—Iré a la funeraria ahora, a preguntar si lo pueden hacer hoy mismo.

Se levantó y pasó junto a las otras visitas. Pasillo adelante una vez más, escaleras abajo, los pensamientos se le agolpaban: poner punto final a la tarea, recuperar la libertad.

Cruzó el aparcamiento de prisa y puso en marcha la camioneta. Con un vago recuerdo del paradero de la funeraria, circuló por la ciudad. Ellos se encargarán de todo y así no tendremos que intervenir.

Los quitanieves trabajaban aún y en algunos sitios se veía gente que retiraba a paladas la nieve de las aceras y de las entradas de las casas. Laski dobló una esquina y vio la casona colonial, con una placa en blanco y negro en uno de los grandes y viejos pilares. Era un lugar enorme, con muchas ventanas. Laski miró por la ventana principal y vio un largo recibidor flanqueado por ramos de flores y lámparas con pantallas opacas. El aparcamiento estaba lleno de coches. Había tres limusinas grandes llenas hasta arriba de flores y una cuadrilla de hombres profesionalmente sombríos, vestidos de negro, esperaban junto a la cuarta, que tenía cortinas grises de terciopelo en las ventanillas. Se abrió una puerta lateral del edificio y asomó el extremo de un ataúd hecho de madera oscura, tan pulida que brillaba con fuerza, y decorado con filigranas de plata y oro. Agarrados a los soportes de latón brillante iban los profesionales, con rostros de cera, silenciosos, acarreado el ataúd chillón y gigantesco hacia el coche fúnebre, cuyo conductor abrió con gestos suaves la puerta trasera y les ayudó a deslizarlo hacia el interior, lujosamente protegido por las cortinas. Laski siguió conduciendo, horrorizado. ¿Qué diablos estaba a punto de hacer?

Le temblaban las manos en el volante. Con los ojos en lágrimas, bajó la mirada hacia su cajita de pino, en el asiento contiguo, y apoyó una mano en su superficie, suave y lisa.

Circulando de nuevo por la ciudad, regresó al hospital; avanzó de nuevo por los pasillos, subió una vez más la escalera, otra vez pasó ante las enfermeras y junto a las visitas en la habitación de Diane.

—Vámonos —dijo, en tono suave, tomando a Diane de la mano—. Nos vamos juntos a casa y lo enterraremos junto al arroyo.

—¿Y lo de la funeraria?

—Sólo era un sueño con el que pretendía protegerme de la verdad de la muerte.

Diane se levantó de la cama.

—Sólo me falta vestirme —dijo.

Se llevó la ropa al baño; él se quedó sentado en el borde de la cama, escuchando las voces de los visitantes que hablaban con la chica, detrás de la cortina.

—No pienses más en eso.

—Mañana será otro día.

—Sí —contestaba la chica. Y luego otra vez suavemente—: Sí.

—Eso es, cariño. Hay que mirar siempre adelante.

—Qué camisón tan bonito.

—Lo compré en el K-Mart.

—Pronto habrá rebajas.

—Todo estará a mitad de precio. Después de Año Nuevo.

Salió un poco de humo por encima de la cortina. Laski se acercó a la ventana. En la repisa descansaba el periódico del día anterior y al posar la mirada en los titulares vio guerra, escándalo, inflación. Lo enterraremos junto al arroyo. Este momento muere y lo sigue otro momento que muere también. Voy de un momento al siguiente.

—Estoy lista —dijo ella. Laski cogió el bolso y se encaminaron hacia el mostrador. Una enfermera mayor habló con ellos—. Les he dicho que les tengan preparado el bebé en el mostrador de recepción. Estará muy bien envuelto.

Apareció otra enfermera con una silla de ruedas.

—Puedo caminar —dijo Diane.

—Normas —dijo la enfermera—. Te toca ir sobre ruedas.

Diane se sentó y fueron hasta el ascensor. La enfermera empujó la silla para entrar y Laski se puso a su lado mientras bajaban hasta el vestíbulo.

Allí había la gente de siempre, gente que leía revistas o miraba fijamente las paredes, de color amarillo claro. La enfermera empujó hacia la recepción.

—El bebé Laski —dijo.

La recepcionista entró en una sala que le quedaba detrás y regresó con un camillero que llevaba un paquete pequeño envuelto en lino.

Diane, todavía en la silla de ruedas, tendió los brazos con un sollozo en la garganta quebrada. El camillero se quedó desconcertado, sin saber qué hacer.

Laski alargó los brazos y cogió aquel paquetito frío, lo acunó en un brazo y sostuvo la maleta de Diane con el otro. Tomaron la rampa de salida hacia la puerta. Bajó la mirada hacia Diane y vio que seguía llorando.

—Voy a traer la camioneta hasta la puerta —dijo.

Salió por el aparcamiento, aún con el bebé en sus brazos. No notaba el perfil del cuerpo, sólo su escaso peso dentro del envoltorio de lino. Recién salido de una

nevera, pensó antes de abrir la camioneta y entrar en ella.

Dejó el bebé en el regazo para abrir la caja de pino y meter luego en ella a su hijo, envuelto en su mortaja de lino. Cerró la tapa y le pasó el pestillo. Cuando llegó a la entrada del hospital, la enfermera lo esperaba en la acera. Ayudaron a Diane a levantarse de la silla de ruedas para entrar en el asiento delantero de la camioneta.

—La próxima vez tendrás más suerte —dijo la enfermera.

Los despidió agitando la mano en el aire y se quedó allí un momento, bajo la marquesina del hospital, y cuando arrancaron se dio media vuelta con la silla de ruedas vacía.

—Qué bonita la caja —dijo Diane, ahora con voz tranquila.

La caja estaba entre ellos, en el asiento delantero y por un instante Laski olió el dulce perfume de la muerte. ¿O era el olor de la madera? Siguió percibiendo el mismo olor delicado mientras circulaban por la carretera, junto a los campos y el río. Era un día caluroso para la estación, con algunas volutas de niebla gris por encima del agua, y la nieve empezaba a derretirse ya en los recodos.

—Volvemos a estar solos los dos —dijo.

—Sí —respondió ella.

Sus manos se tocaron al coincidir en la tapa de la caja de pino.

Condujo la camioneta hacia las colinas boscosas por la vieja carretera que llevaba a su casa. Un cuervo echó a volar por el cielo de enero desde una granja abandonada, batiendo sus alas negras lentamente contra el gris de las alturas.

Laski tomó el sendero que llevaba a su cabaña, y luego el camino de acceso. Se bajó y abrió la puerta a Diane. Ella salió a la nieve y se apoyó en él. El sonido de la nieve derretida al gotear desde los árboles llenaba el ambiente, al tiempo que la brisa húmeda y cálida se cargaba del olor de los árboles.

—Qué día tan bonito —dijo Diane, llorando de pronto otra vez.

Laski caminó despacio a su lado por el sendero que llevaba hasta la puerta, del que había retirado la nieve con una pala. Ella entró en la cabaña apoyada en él; Laski le despejó el sofá y la ayudó a instalarse en él. Luego atizó el fuego y salió de nuevo al coche para recoger la bolsa y aún otra vez para entrar la caja de pino.

Depositó la caja encima de la mesa y ahí se quedó, iluminada por la última luz de la tarde mientras ellos permanecían sentados en silencio en el sofá.

—Será mejor que vaya a ver al viejo Ben y le pida que venga mañana por la mañana.

Laski volvió a salir y vio que ella lo miraba por la ventana.

El collie de Ben llegó dando saltos hasta la camioneta y Laski lo agasajó al salir, tumbándolo boca arriba para rascarle la tripa. Se arrodilló un momento en la nieve, con una mano en el vientre del perro. El cuervo seguía graznando en el cielo, trazando círculos en el viento, y Laski se sintió como si él fuera el cuervo y el perro y el cielo, como si fuera transparente y el día lo estuviera atravesando.

—Entra en mi castillo, amigo mío.

Laski alzó la mirada y vio al viejo Ben plantado en el umbral de su granja destartalada. Ben lo guió por el laberinto de tablones y vigas caídas hasta la habitación más interior de la casa, donde relucía de puro calor una vieja estufa de hierro y todo estaba limpiamente ordenado: mesa, silla, cubo de agua y una camita individual detrás de la estufa. El ermitaño se sentó en el borde de la cama y tiró un pedazo de leño al fuego.

—Bueno, ¿y qué puedo hacer hoy por ti? —preguntó mientras sacaba un paquete de tabaco.

Laski dudó y tendió las manos hacia la tapa caliente de la estufa.

—El bebé ha muerto —anunció.

Ben se quedó mirando fijamente la zona de combustión de la estufa, en la que bailaban diminutas centellas.

—¿Me ayudarás a enterrarlo? —preguntó Laski.

—Tendrás que conseguir un número de concesión del cementerio —dijo el ermitaño mientras trataba de liar un cigarrillo al que se le desprendían hebras de tabaco por ambos lados.

—Lo voy a enterrar en el bosque.

Ben dudó mientras miraba a Laski, al otro lado de la estufa.

—¿Te han concedido permiso?

—Todo está bien, Ben. Han rellenado el papeleo en el hospital. He dado tu nombre como testigo. —Volvió a fijar la mirada en la estufa. Qué asustados estamos, pensó, si hasta para enterrar a los nuestros necesitamos permiso del gobierno—. Me gustaría hacerlo a primera hora de la mañana.

—Ahí estaré —respondió Ben.

Laski desanduvo el camino entre el túnel serpenteante de desechos para salir de nuevo a la nieve. El perro se le echó encima de un salto y le lamió la mano y Laski vio en los ojos oscuros de aquel collie toda la triste sabiduría de los perros. Se había puesto ya el sol y seguían sentados en silencio, mirando la caja. Al fin, ella dijo:

—Me gustaría verlo.

—De acuerdo —respondió Laski, con el estómago revuelto.

Conservaba en la mente una imagen fugaz del bebé que había visto, un rostro poderoso que lo miraba en el momento de la muerte. Qué aspecto tendrá ahora, pensó Laski, temeroso de lo que verían al abrir la caja.

Levantó lentamente la tapa y tocó el bulto de lino. Aún estaba frío. Se sintió de nuevo como si estuviera en un sueño.

—Será mejor que me dejes mirar a mí primero por si está en muy mal estado.

Apartó el lino, limpio y tieso. Debajo había un trozo de sábana gastada y sucia, con los bordes raídos y deshilachados. Lo desenvolvió, esperando ver la carita de repente, pero bajo la sábana había varias capas de trapos viejos y aún debajo de éstos se veía una bolsa de basura verde de plástico.

Desenredó el pedazo de alambre que mantenía la bolsa cerrada. Tiró lentamente

de un extremo de la bolsa y llegó a la cabecita altiva, ya gris y fría. Enrolló el resto de la bolsa de basura y miró la cavidad abierta del pecho y el vientre de su hijo.

—Lo han dejado abierto —dijo, con las manos temblando en la bolsa.

—No pasa nada —dijo ella—. Ya lo vi.

Laski desenvolvió por completo la bolsa de basura para dejar del todo a la vista el bebé, cuyo torso era un puro pellejo hasta la columna, una bolsa de piel que contenía un pequeño charquito de sangre, como una taza. En la sangre flotaba un palito de plástico con un número.

Una ira incendiaria recorrió el cuerpo de Laski, le llenó el pecho de sangre y le ardió en la garganta:

—¡Esto es la muerte! —exclamó. Las lágrimas le estallaban en los ojos—. ¡No tiene nada de extraño!

Recorrió con sus ojos las piernas largas a cuyo extremo se veían los pies juntitos, uno encima del otro, y aún la muerte encima de ambos, manteniéndolos quietos como una piedra. Volvió a mirar el agujero abierto en el cuerpo del bebé, el armazón de la columna. Le han quitado los pulmones y el estómago, le han quitado las tripas. Hasta le han quitado el corazoncito.

Laski se vio de nuevo envuelto por el amor que sentía por el chiquillo que tenía delante, todo recortado. Tomó la mano derecha del bebé en la suya, separó sus dedos rígidos y miró la palma, fría y diminuta. Los dedos se agarraron con firmeza a los suyos, con la rigidez de la muerte. Qué minúsculas son las uñas, y qué perfectas.

Miró la cara de su hijo y vio que había experimentado una extraña transformación. Los rasgos habían madurado por completo, ahora tenía la cara de un hombre de muchos años, como si su único momento de vida, mientras la mano del médico le daba una vuelta, hubiera sido una vida entera, de principio a fin. El triunfo y la rabia, la pérdida y el beneficio, todo había desaparecido ya de su cara y los párpados cerrados irradiaban serenidad.

—Qué precioso —dijo Diane, derramando sus lágrimas sobre la exquisita cabeza, esculpida con la finura de una estatua griega—. Luchó tanto para nacer...

Entonces la arrastró el océano de la pena y se quebró en un llanto desatado, como el viento del mar que empuja a las olas a formar olas terribles. Y en esa tempestad flotaba con calma la cajita de pino, con su extraño pasajero, el infante que también era un viejo.

Laski abrió un párpado del bebé y vio una joya ennegrecida, perdida en la hondura de la noche. Lo cerró y acercó la boca a su orejita para susurrar:

—No tengas miedo.

Luego, mientras miraba la frente alta y los nobles párpados, mientras veía una vez más con toda claridad la sabiduría que atesoraban, supo que aquel ser no necesitaba ningún consejo. Y se sintió mucho más joven que aquel infante que yacía ante él, aquel infante con la cabeza de un sabio anciano.

—¡No ha llegado a vivir! —exclamó Diane, un aullido contra el viento del mar.

Laski tocó la mejilla, que se hundió al contacto, como si la carne sin vida fuera una masilla ligera.

—Ah, no, no hagas eso —dijo Diane con una voz repentinamente suave, mientras apretaba levemente la carne de la mejilla para devolverle su forma. Agachó la cabeza y depositó un beso en la frente—. Es como un mármol.

Laski volvió a estirar la bolsa de basura en torno al cuerpo.

—Podría pasarme la vida mirándolo —dijo Diane.

Sin embargo, envolvió la bolsa con los trapos viejos y la sábana sucia y luego cerró el lino blanco y limpio con un imperdible. Laski bajó la tapa de la caja y de nuevo le pareció estar en un sueño que podía avanzar en la dirección que él quisiera. Pero entonces notó que la realidad se movía en una sola dirección. El bebé nació y murió y yo estoy cerrando la tapa de su ataúd.

Diane limpió la sangre del bebé que había quedado en el rostro de Laski y en sus propios labios y luego se acercó lentamente al sofá y se tumbó en él. Él se sentó a su lado, en el suelo. No había nada que decir. Ninguno de los dos quería evadirse del paso de las horas y se sabían ambos impotentes para cambiar el sinuoso arroyo de la noche; lo único que podían hacer era permanecer en silencio.

Laski se adormeció y se adentró en la fantasía. Había vuelto a la sala de partos y veía la piel del bebé que empujaba desde dentro de la vagina. Ahí mismo está; está esperando. Sacadlo de ahí, no perdáis más tiempo. Pero el doctor dormía al fondo del pasillo.

Al fin se desvanecieron sus pensamientos y sólo quedó el sonido de la noche invernal en el bosque. Sintió que Diane estaba a su lado en el silencio profundo y extraño y, aferradas a éste, habitando aquella quietud, vio fundirse la vida y la muerte en un mar calmo y brillante que no tenía fin.

Se despertó antes del amanecer, preparó el desayuno y se llevó la caja de pino al cobertizo. La primera luz gris del día entró por las ventanas que daban al este mientras él soltaba la caja y buscaba el martillo y los clavos. Luego clavó lenta y cuidadosamente la tapa, y en el alba invernal cada martillazo sonó como un golpe dado a un tambor solemne. Cuando hundía ya el último clavo, oyó que Ben llegaba a la puerta del cobertizo.

Laski abrió la puerta al viejo, allí plantado con sus raquetas de nieve, un cigarrillo aplastado entre los labios.

—Enseguida estoy contigo —dijo Laski mientras cogía su pico, la pala y unas raquetas para los pies.

—Habría que cavar primero el hoyo —propuso Ben—. Y luego vienes a buscar la caja.

Laski asintió y echó a andar por la corteza dura de la nieve matutina, que crujía bajo las raquetas. Avanzó hasta el bosque, más allá del esqueleto de un viejo granero, donde un puercoespín había dejado su propio rastro en la nieve; Laski lo cruzó y siguió adelante, hacia los árboles más densos.

Siguió una vieja pista de leñadores entre los pinos, con Ben un poco más atrás, fumando y tosiendo en el aire quieto de la mañana. La pista avanzaba entre matorrales de alisos y bajaba hasta los árboles más altos, una zona en la que no se había talado un tronco desde hacía muchos años. Laski siguió andando entre los árboles viejos hasta que llegó a la ladera que se alzaba por encima del arroyo. Desde allí, la ladera emprendía el descenso, flanqueada por los abetos que crecían a ambos lados. Abajo, el arroyo no dejaba de discurrir pese a estar helado, y el sonido de la corriente llegó hasta sus oídos. Se detuvo en un recuadro formado por cuatro píceas pequeñas.

Retiraron la nieve a paladas para despejar un trozo de tierra dentro de aquel recuadro.

—Parece que la tierra no está helada —dijo Laski.

—No, será fácil de cavar —contestó Ben, alzando el pico.

Tras ahuecar la tierra con el pico, Laski la retiró a paladas que iba apartando en una pila. El cielo seguía gris y el hoyo tomaba forma ya, cada vez más profundo, a medida que Ben clavaba el pico y Laski se llevaba la tierra con la pala.

—Parece que no hay muchas raíces —dijo Ben.

—No, no está mal.

—Pero ha de ser más amplio —opinó Ben.

Picó la tierra que rodeaba el hueco y Laski siguió retirándola con su pala para poder meterse dentro del hoyo y trabajar desde allí las paredes.

—¿De qué profundidad la quieres? —preguntó Ben.

—Lo suficiente para que no la abra ningún animal.

—Ninguno lo va a tocar —dijo Ben.

Sin embargo, siguieron cavando hasta que Laski se encontró con el suelo a la altura de la cintura mientras iba sacando tierra.

—Ve y trae la caja —propuso Ben—. Yo le acabaré de dar forma al hoyo.

Laski se aupó para salir, se puso las raquetas y siguió el sendero de vuelta entre los árboles. Con la humedad de la mañana flotaban en el aire los aromas de madera muerta y hojas, y de vez en cuando le llegaba un leve rastro de almizcle de algún animal que habría pasado por ahí. Por todas partes se veía en la nieve el rastro de algún conejo que discurría sinuoso entre los árboles, así como las huellas de un gato montés, que trazaban una curva elegante al adentrarse en el bosque hacia el cenagal de los cedros, donde solían encontrarse los ciervos.

Apareció el viejo granero y Laski pasó junto a él de camino a la cabaña. Al llegar al cobertizo se quitó las raquetas y las dejó clavadas en la nieve. Entró en el cobertizo, bajó el trineo al suelo y le depositó encima el pequeño ataúd. Luego lo ató.

Cuando lo tuvo bien amarrado, entró en la cabaña.

Diane estaba sentada en el sofá.

—¿Has encontrado un sitio bonito?

—En la ladera alta, por encima del arroyo —explicó Laski—. Ahora mismo me lo

llevo.

Volvió al cobertizo y empujó el trineo cargado hacia la nieve. Se puso de nuevo las raquetas y agarró la cuerda. La carga era ligera y avanzaba con suavidad sobre la corteza de nieve.

Por la cuesta que se extendía más allá del viejo granero, el trineo se desplazaba solo y Laski iba corriendo a su lado, guiándolo por medio de la cuerda y haciéndolo pasar entre unos pimpollos de píceas. Los brazos de aquellos arbolitos tocaban la caja y dejaban caer algunas agujas y unas pocas piñas diminutas.



WILLIAM KOTZWINKLE (Pennsylvania, Estados Unidos, 1943) es un escritor estadounidense, autor de libros infantiles, novelas de género fantástico y de intriga, y también guionista cinematográfico. Se hizo cargo de dar forma novelada al guión de E. T. El extraterrestre. En 1977 ganó el World Fantasy Award for Best Novel por Doctor Rat y fue galardonado asimismo con el National Magazine Award of Fiction. Vive en Maine con su esposa Elizabeth Gundy con la que ha estado casado desde 1965.